

bles enseñanzas que en veinte siglos ha dado el magisterio eclesiástico, proporcionadas en las más diversas condiciones y con características demasiado diferentes.

En particular se fijan los obispos en las sobrias expresiones de Küng sobre la divinidad de Cristo, preocupándose la extensa difusión del libro en Alemania, aunque se haya propagado mucho menos en otros países como Francia, donde los obispos galos consiguieron que no se tradujese. Pero Küng conoce muy bien la burocracia eclesiástica, y aplica la misma tenacidad y paciencia que tradicionalmente tiene aquélla, sin por eso estallar sus nervios. Y sabe aguardar dando largas al asunto, sin que —al final— pase nada. Ahora ha contestado a los obispos que espera la salida del nuevo libro que va a publicar, titulado "¿Existe Dios?", para juzgar sus superiores eclesiásticos con mayor conocimien-

to de causa. Con ello gana tiempo y se produce una concienciación mayor de los católicos de todo el mundo, que terminan por aceptar conscientemente las afirmaciones de ayer, que resultaban escandalosas y terminan por no parecerlo.

La obra, admirablemente traducida al castellano —cosa rara entre nosotros—, tiene una redacción clara e interesante, que ha de atraer a todo el mundo. Además, posee una calidad bibliográfica poco frecuente en libros católicos, ya que todas sus afirmaciones se basan en cuidadosos estudios de especialistas en cada una de las materias que trata el autor.

La primera parte del libro —que habla de Dios y de la secularización de nuestro mundo— provocará el rechazo de algunos lectores españoles progresistas, no tanto por sus conclusiones religiosas sinceramente avanzadas como por su crítica de los planteamientos marxistas.

Pasa en su segunda parte a tratar de la figura de Cristo intentando centrarla buscando que sea lo específico del Cristo real. Por todas las páginas de esta parte desfilan cuidadosas valoraciones —y críticas— de los milagros y la historicidad del personaje, deshaciendo, entre otras cosas, el equívoco de la ley natural, como argumento convincente que suele usar la Iglesia para imponer por otro camino sus conclusiones éticas a todos los que no son creyentes.

No se arredra en páginas sucesivas y salta por encima de las barreras mentales puestas por una cultura pasada, que equivocadamente quiso erigirse en dogma permanente de la religión cristiana.

La muerte y resurrección, la desmitologización, el origen de Jesús, la esencia de la Iglesia, las normas morales y lo específico del cristiano. Todo lo dicho en este valioso libro termina por

una frase muy del agrado también del inteligente teólogo Karl Rahner, S. J.: "Ser cristiano significa ser radicalmente hombre". Frase que será piedra de escándalo para muchos que no quieren comprender el profundo humanismo que posee el cristianismo.

Coloco esta obra —no por extensa menos apasionante de lectura— entre las muy pocas que hoy pueden interesar a un hombre que piensa, sea católico o no lo sea. Y opino que, a pesar de las apariencias, representa una "renovación" que no pierde, sin embargo, en el camino ninguno de los valores que el cristianismo aportó al mundo y a los hombres desde su nacimiento. Yo diría que representa el verdadero y profundo "aggiornamento" que quería el Papa Juan XXIII, y que el Concilio Vaticano II sólo comenzó a realizar, pero que nosotros los creyentes tenemos que prolongar, superando los límites de lo expuesto por esta asamblea universal del catolicismo. ■ E. MIRET MAGDALENA.

### Peridis: Una iconografía de la transición

**A**DOLFO, el estilista; Santiago, el topo; Rodolfo, el prusiano; Areilza, el dtico; Felipe, el bezudo; Arias, "Carlitos"; Ruiz-Robles, los siameses vaticanos...; todos ellos han pasado a integrar, por obra y gracia de un palentino de nombre Peridis, lo que podríamos llamar una "iconografía de la transición". Hasta tal punto ha sabido captar nuestro dibujante la esencialidad de esos y otros muchos protagonistas cotidianos del nuevo espectáculo nacional —la política—, que cuesta decir muchas veces quiénes son más reales: si los personajes que aparecen diariamente en las tiras de "El País" —semanalmente en "Cuadernos"— o los individuos de carne y hueso a cuyo nombre responden. Como, por otra parte, tampoco sabríamos qué elogiar más en Peridis: su maestría en el trazo, digna del mejor Steinberg, o su capacidad, tantas veces reconocida, para la crítica política, que convierte sus historietas en auténticos editoriales con que nos desayunamos cada mañana.

Del mismo modo en que Forges ha sabido reflejar como nadie el enorme absurdo de la España del NO-DO y la pandereta, Peridis pasará, sin duda, a la historia del humor gráfico como

el más lúcido cronista de este parto de los montes al que asistimos, medio alucinados, desde hace quién sabe ya cuántos meses.

Pues bien, Peridis acaba de dar a la luz su primer libro, "Animalillos políticos", que reúne, junto a algunos inéditos, la mayoría de los dibujos publicados al hilo de la actualidad durante el "año de la transición", como reza el propio subtítulo (1). A lo largo de sus páginas, más de doscientas, aparecen y desaparecen los hombres públicos de la Moncloa y alrededores como actores de una pequeña comedia humana —aunque a veces no llegue a sainete—, con sus tics, sus vanidades, sus filias, sus fobias y sus discursos, que les escriben otros. Pero hay que decir también inmediatamente que el humanista que Peridis lleva dentro le hace sentir una gran ternura por todos sus personajes, incluso por los que más cruelmente satiriza. Sentimiento que el humorista nos contagia a través de sus dibujos. Y es que, disfrazado por Peridis de penitente o gritando "La página es mía", hasta Fraga parece otro hombre. ■ RABAGO.

(1) Editado por PRISA. Madrid, 1977.



### Etica sin código (\*)

Los libreros de Francfort han concedido este año el Premio de la Paz al filósofo polaco Leszek Kolakowski (1). Los Premios de la Paz suelen ser "armas" de doble filo que utiliza el que los concede para atacar a un adversario; son cómodas formas de agresión simbólica frente a grupos políticos, países o personas. Nosotros, por eso, no somos demasiado partidarios de los Premios que evocan, desgraciadamente, a aquel dios Jano, el de las dos caras, y, sin embargo, creemos que en este caso los libreros de Francfort, fueran cuales fueran sus intenciones al concedérselo, han acertado al atraer la atención de la crítica sobre la obra de uno de los últimos defensores de la ética en una sociedad en donde a pocos interesa la filosofía y en donde muchos se estremecen al oír hablar de moral.

(\*) Nos permitimos utilizar el título de uno de los artículos de Kolakowski, incluido en "El racionalismo como ideología", porque es un resumen de todo su proyecto intelectual.

(1) Fue profesor de Filosofía en la Universidad de Varsovia hasta marzo de 1968, cuando se vio obligado a abandonar el país al ser expulsado de su cátedra por sus enfrentamientos con la política estalinista del Gobierno polaco. A partir de entonces enseñó en Estados Unidos e Inglaterra, donde actualmente reside. Su obra principal, no traducida aún al castellano, es "Cristianos sin Iglesia", un monumental estudio sobre las heresías medievales.

La obra de Kolakowski es poco conocida en nuestro país. No ha sido nunca un filósofo de moda, uno de esos que sirven para terminar una discusión y hundir al adversario; nunca "Kolakowski dixit" ha podido utilizarse como se usa, por ejemplo, el "Althusser dixit" o "Marcuse dixit". Y, no obstante, pocos libros contemporáneos merecen tanto nuestra atención como "El hombre sin alternativa" o "El racionalismo como ideología", que fueron ya difundidos hace algunos años en ediciones de bolsillo (2). La reciente reedición del primero de ellos y la publicación de un nuevo ensayo sobre Husserl (3) serían ya motivo bastante para dedicarle esta crítica. Los pocos textos suyos llegados hasta nosotros son suficientes para hacernos comprender que nos hallamos ante una de las personalidades más vigorosas del pensamiento contemporáneo, probablemente excluida de cenáculos y tertulias por los azares de su exilio y su firme voluntad de no plegarse ante ninguna tiranía.

El Kolakowski que conocemos a través de estas compilaciones de artículos se nos muestra así como un filósofo que, partiendo del marxismo, se esfuerza por huir del sistema cerrado e intenta rescatar lo más vivo de toda la tradición filosófica anterior a Marx, así como todas las aportaciones posteriores de la filosofía contemporánea, incluso la de aquellas que más parecen alejarse del marxismo. Sus artículos giran en torno al problema de la libertad, el problema del compromiso y el problema de la moral en un mundo donde predomina la razón de Estado.

Hay algo de malabarismo intelectual —malabarismo que todo publicista que ha vivido bajo una dictadura entiende a la perfección— en ese esfuerzo del filósofo por extraer el mejor partido polémico de ese medio que el sistema apenas le deja: la palabra. En uno de sus artículos se define a sí mismo como filósofo de la inconsecuencia. Filosofía de la inconsecuencia que no es más que elogio de la tolerancia y comprensión de la imposibilidad de plantear valo-



Leszek Kolakowski.

res absolutos. Su obra es así modelo de pensamiento abierto, entendiéndose por apertura no debilidad teórica, ni contemporalización conservadora, sino desafío continuado a la inteligencia para que no se duerma ante las trampas que tiende el concepto esclerotizado o la ideología encubridora. En otro artículo diferencia la filosofía del bufón de la filosofía del sacerdote: "El sacerdote es el guardián del Absoluto, él mantiene el culto de lo definitivo y de las evidencias tradicionales reconocidas. El bufón es el que duda de todo lo que encuentra evidente...; la filosofía de los bufones es aquella que desenmascara precisamente aquello que se considera como lo más sólido, la que descubre las contradicciones en aquello que aparece como evidente e indiscutible", para concluir diciéndonos que él siempre intentará mantenerse del lado de los bufones: "En la corte del rey hay más sacerdotes que bufones, de igual manera que existen en su reino más policías que artistas".

Filósofo de la inconsecuencia, filósofo bufón que se plantea, rastreando a lo largo de toda la historia del pensamiento, el problema de la compatibilidad del individuo con el todo, del hombre o de la sociedad con el Estado que dice representarle. Polémica contemporánea que engarza con la polémica religiosa mantenida entre los defensores de la acción individual, considerada como responsable y libre, y los sostenedores de la impotencia del ser humano ante la divinidad todopoderosa.

Kolakowski es consciente de

la imposibilidad de la certeza absoluta y de la variabilidad de los valores. El marxismo, el psicoanálisis y la moderna lingüística nos han acostumbrado a penetrar más allá de todo pensamiento para rastrear lo que yace detrás. Si el valor es histórico y la certeza depende de las condiciones del conocer, ¿cómo puede el filósofo o el moralista rescatar unos valores, valores que permitan el proyecto individual y el compromiso?

Kolakowski parte de esta doble impotencia, pero a la manera pascaliana elige, y elige en función de un criterio basado en la fe en el hombre y en su perfectibilidad. La idea de progreso, idea discutible y discutida, es asumida por él como atributo posible del ser humano, capaz del bien y de la felicidad. De ahí su humanismo marxista y su defensa de la utopía concreta; de ahí también su decidido propósito de luchar frente a todo aquello que impida que se manifieste lo más vivo y propio del ser humano; de ahí también su negativa a hipotecar un presente real concreto en virtud de escatologías redentoras. Por eso su filosofía se parece demasiado, en muchas ocasiones, a un manifiesto de combate y de urgencia. Durante su estancia en la Polonia estalinista su pluma fue motor de la defensa ininterrumpida de los derechos de la persona; posteriormente, sus escritos han sido y siguen siendo un modelo de planteamiento crítico: frente a esquematismos dualistas, frente a un mundo de buenos y malos, propugna la revisión continuada, el análisis desmenuzador y revulsivo de todo lo que se nos entrega como dado.

Quisiéramos terminar este artículo resumiendo su filosofía con las mismas palabras que él utilizaba para definir la filosofía del bufón: "Es la decisión a favor de una visión del mundo (basada) en una bondad sin indulgencia universal, un coraje sin fanatismo, una inteligencia sin desesperación y una esperanza sin ceguera". Todo un programa de dignidad intelectual que no está de más en un momento de tantos esquematismos y simplificaciones reduccionistas. ■ LOURDES ORTIZ.

## "Mujeres in Ecclesia taceant"

La Editorial Noguer ha recogido en un nuevo tomo de la

cuidada colección que dirige Dámaso Alonso las obras escogidas de sor Juana Inés de la Cruz, de cuya selección y presentación se han encargado Georgina y Elías L. Rivers. Aun cuando Méndez Plancarte (Méjico, 1951-1957) editó las Obras Completas de sor Juana, falta todavía una edición rigurosamente crítica. Entre tanto, esta de sus Obras Selectas constituye un necesario y estimulante paso.

La edición incluye villancicos, una muestra de su teatro religioso y profano, respectivamente, sus poesías líricas completas, el poema El sueño (que los editores han vertido a la prosa) y la famosa Respuesta a sor Filotea de la Cruz, con la Carta Atanagórica que la precedió.

Sor Juana (1651-1695) fue un personaje excepcional. Monja de un convento, se relacionaba con los principales del virreinato que la visitaban con fre-



Sor Juana Inés de la Cruz.

cuencia, honrándola y honrándose con su amistad. Pero mientras ellos le pedían versos de encargos, sus enemigos la acusaban de sustentar "vanas presunciones intelectuales". Para darle la oportunidad de defenderse de estas acusaciones, el obispo de Puebla, que admiraba seriamente sus talentos, publicó su único texto de exégesis bíblica, que bautizó con el nombre de Carta Atanagórica. Se trataba de un sutil comentario de la monja a un sermón del padre Vieyra. El obispo aconsejaba a la monja en una carta anexa que se dedicara a las letras sagradas y abandonara las profanas, pues no podían serle de ningún beneficio. La Respuesta de sor Juana puede calificarse de una autén-

(2) "El hombre sin alternativa", Alianza Editorial, 1970, 2.ª ed., 1977. "El racionalismo como ideología", Ed. Ariel, 1970.

(3) "Husserl y la búsqueda de la certeza", Alianza Editorial, 1977. También son muy interesantes su "Vigencia y caducidad de las tradiciones cristianas", Amorrorru Editores, 1971, y su "El mito de la autoidentidad humana", en Cuadernos Teorema, 1976.